



## LA PAZ.

No entra seguramente en el plan de esta *Revista* poner á nuestros infantiles lectores al corriente de los sucesos políticos que se desarrollan en España, pues ni tal es el carácter de la publicación, ni las aficiones de sus habituales redactores les permiten hacerlo. Pero el acontecimiento del día es tan importante y está llamado á influir tan poderosamente en la suerte de la patria, que el silencio, en otras ocasiones imprescindible, sería hoy censurable.

Después de seis años de ruda y fratricida lucha en que las pasiones políticas han consumido la generosa sangre de la juventud española; después de infinitos combates en que hemos dado á los pueblos todos inequívoca prueba de nuestro valor y también de nuestra locura, la contienda ha tocado á su término y la

aurora de la paz ostenta sus resplandecientes colores.

Dentro de muy poco tiempo,—así nos los permiten esperar todos los síntomas,—cerrado, como ya lo está, el triste paréntesis de la discordia, volverá á imperar la fraternidad; se darán al olvido las sangrientas páginas de la horrible lucha durante seis años sostenida, y las artes pacíficas reclamarán su dominio y el contenido movimiento del progreso se acentuará con nuevo vigor.

¡Que nunca se reproduzcan los funestos días que acaban de transcurrir, ni tengais, queridos lectores, que intervenir durante vuestra existencia en las funestas luchas que caracterizan por desgracia nuestra historia contemporánea!

Tales son los más fervientes deseos de

LA REDACCION.

## LA HUÉRFANA ELISA.

(Conclusion.)

Todo se pensó y consultó en familia, y el resultado de ese acuerdo fué aplazar por quince dias la contestacion, dentro de los cuales se proponian obtener algunos antecedentes del pretendiente; pero en realidad más por pura fórmula que por otra cosa, pues demostraba bien en su porte, en sus palabras y en sus hechos que era todo un caballero en la extension genuina de la palabra. Elisa sintió, como se ha dicho, hácia su prometido esa agradable impresion que produce una persona al verla por primera vez y se llama *simpatía*, y que no hay nadie que pueda ser repulsivo á ella, y mucho ménos cuando dos jóvenes se hallan en el camino de la vida, y están en disposicion de consagrarse su cariño. No puede negarse por nadie esta afirmacion, porque es instintiva en todo sér humano; y un desconocido cualquiera es simpático ó repulsivo al primer golpe de vista, impresionando á veces la imaginacion y llevando desde luego la intranquilidad al espíritu cuando la corriente de simpatías es entre personas de diferente sexo.

Trascurrido el plazo de quince dias, dentro del cual aquellas dos almas se comprendieron, y que, por más que no creamos en la predestinacion, hay, sin embargo, sucesos

que la confirman y parecen providenciales, el consejo de familia acordó aceptar la proposicion de matrimonio, anunciándose al novio la buena nueva, que recibió con toda la gratitud de su alma y con todo el entusiasmo de un amor que, aunque prematuro, era sincero y habia interesado su corazon.

### IV.

El casamiento de Elisa se verificó despues de todos los preparativos necesarios y que preceden siempre al acto más solemne de la vida; la union de dos seres en estrechos lazos para consagrarse mutuo y eterno amor y gozar de las dulzuras que ofrece un vínculo santificado por la Iglesia y sancionado y respetado por la sociedad. Nada hay más grande, nada hay comparable con la dicha que se disfruta en el seno del hogar cuando dos almas unidas por el amor se consagran sus cuidados y cariño; y el matrimonio de Elisa llegó á ser todo lo feliz imaginable, gozando en él de una paz y tranquilidad sin límites que la permitian dedicarse á los cuidados domésticos y ejercer actos de caridad tan conformes con sus sentimientos.

Fué un acontecimiento en el país

la boda de Elisa, conocida por la *huérfana*; y las gentes se ocuparon de su casamiento por algun tiempo con el placer que siempre experimentan las almas cuando participan de la felicidad ajena. Las desgracias de Elisa en sus primeros años, sus privaciones, sufrimientos y disgustos, su carácter angelical y la expresion dulce de sus palabras, de tal modo la captaron las simpatías y admiracion de sus paisanos, que todos celebraron su cambio de fortuna, y todos pronosticaron que sería feliz con el hombre que al elegir compañera solamente habia mirado á las virtudes que la adornaban para hacerla partícipe de su amor y de sus riquezas. Y no se engañaron las buenas gentes en sus juicios.

Pasado el rápido período de la luna de miel, el marido de Elisa pensó en trasladarse á la córte con su esposa é instalarse en ella para dedicarse á negocios con su inmenso capital, consistente en algunos millones, y gozar de las distracciones que ofrece á los que no carecen de medios con que atender á sus necesidades. Y en efecto, se verificó la ausencia de la *huérfana* de aquel pueblo que la vió nacer; donde dejó recuerdos queridos y donde todos los de su infancia se agolpaban en tropel á su imaginacion, derramando copiosas lágrimas por sus padres, cuyas cenizas allí reposaban; donde quedaban tambien sus bienhechores, que amparándola en medio de la mayor desgracia y adoptándola por hija, les debia toda su felicidad, y para quienes fué

eterna su gratitud y su cariño. Preciso es consignar que, al salir del pueblo, dejó pruebas de sus caritativos sentimientos, socorriendo con largueza á los más necesitados; todo lo cual hizo de acuerdo y á gusto de su marido, á quienes bendecian aquellos corazones agradecidos y rogaban á Dios porque fueran muy felices en su nuevo estado.

## V.

Instalada Elisa en la córte en una buena casa lujosamente adornada bajo la direccion de su marido, con muchos criados, carruajes y toda clase de comodidades, no pudo menos de acordarse en medio de la ostentacion en que vivia, de las privaciones de su infancia, de tantos dias de amarguras, de tantas penas que pasó con su inolvidable madre y tantas lágrimas derramadas en su largo infortunio. Así que su primera atencion, despues de las que lleva consigo el gobierno doméstico de la casa y cuando la familia no habia aún bendecido aquella union, fué dedicarse á amparar al desvalido, procurando enterarse con solícito afan por ella misma de las necesidades de muchas familias que, encerradas en oscuros pisos bajos, verdaderos calabozos insalubres, ó en desvencijadas buhardillas, donde el frio como el calor son insoportables, padecen en silencio y olvidados de sus parientes y amigos los más crueles sufrimientos.

Al ver Elisa aquellos cuadros de

dolor sufría horriblemente, porque venían á su imaginación los recuerdos de días amargos con su querida madre enferma, falta de todo recurso, y alargaba con mano pródiga el *óbolo* de la caridad á aquellos seres desgraciados que, víctimas de las adversidades de la suerte en sus empresas ó de las discordias políticas, yacen olvidados de muchos que se encumbraron bajo su protección en épocas florecientes, ó merced á sacrificios que los partidos exigen en circunstancias dadas á los que en ellos militan. ¡Cuántos han perecido de miseria arruinados y olvidados por los que ántes les adularon, y después, por el azar de la fortuna, han ocupado altas posiciones y adquirido riquezas para no dignarse luego devolverles el saludo!

Pues bien; á esa clase de familia de buena educación, y que perecen de hambre olvidadas de todas sus relaciones, es á las que se dedicó á socorrer en primer término la ya *aristocrática*, que así puede decirse, dama Elisa. ¡Cuántas bendiciones recibió en su angelical peregrinación por las viviendas pobres de aquellas almas agradecidas! ¡Qué consuelo tan grande experimentaba al recordar á sus padres y aquellos días de apuros y aquellos sufrimientos sublimes que también fueron dulcificados por el *óbolo bendito* de la caridad. Elisa se entregó por completo á la beneficencia, sin descuidar por eso, como se ha dicho, las atenciones propias de esposa y de ama de casa: gozaba en hacer bien, y su marido veía

con placer y hasta con orgullo que ocupase las horas de ocio en obras de caridad, que tanto enaltecen las almas á los ojos de Dios que nos manda amar al prójimo como á nosotros mismos.

El nombre de Elisa se hizo bien pronto popular y querido en la corte, y todos la admiraban y respetaban como merecía por sus virtudes; y no decimos que la envidiaban, porque su carácter tan bello y simpático, su dulce mirada y elegantes ademanes contribuían á hacerse respetar y que la innoble pasión de la envidia no penetrase en sus pechos. El amor por el prójimo y el entrañable cariño por su esposo, fueron recompensados por la Providencia, concediéndoles una hermosa niña á quien se puso por nombre *Carolina*, que era el de su abuela materna, y á quien desde entonces consagró los tiernos cuidados de madre, compartiéndolos con los pobres. Con tan plausible motivo los bienhechores de Elisa vinieron á Madrid á hacerla compañía y cuidarla, pasando una buena temporada á su lado, gozando y participando de la dicha de su hija adoptiva.

## VI.

Cualquiera creería que Elisa, siguiendo la funesta costumbre entre las elegantes damas de poner á sus hijos en ama de cria para entregarse de lleno á los placeres olvidando los más sagrados deberes de esposas y madres, buscaría una nodriza que diese el pecho á su hija. Ni siquiera

pasó un momento por su imaginación tan desnaturalizada idea.

Educada en los deberes que lleva consigo el matrimonio, persuadida de que la esposa que en algo estima su dignidad y los sentimientos de madre debe ante todo y sobre todo criar á sus hijos, porque la naturaleza misma habla y enseña tan santo deber, consideró siempre ineludible en ella criar por sí misma á los suyos si Dios la otorgaba ese consuelo.

¡Qué felicidad tan grande la de Elisa! Esposa querida y respetada; madre dichosa con una hermosa hija, primer fruto de su union providencial; adorada y bendecida por los pobres, á quienes no dejaba de socorrer; amada de sus criados, que sumisos ejecutaban sus menores indicaciones procurando adivinarlas, y ensalzadas sus virtudes por todos, ¡qué mayor felicidad podia esperar y qué recompensa mejor obtener en este mundo!

Dígase lo que quiera en contrario, *el que obra bien pronto ó tarde alcanza la recompensa*. Podrá pasar un año, dos ó cuatro de privaciones ó desgracias si la fortuna le es adversa; podrá sufrir las contrariedades y desengaños que lleva consigo la desgracia; podrá, en fin, amargar su existencia con recuerdos de tantos y tantos seres á quienes favoreció en dias bonancibles para olvidarles en el

infortunio; pero al fin Dios es justo y misericordioso y se encarga de premiar con largueza á las almas elevadas que, inspiradas en el sentimiento de la caridad, se olvidan de sí mismas por consagrarse al amor de sus semejantes.

¡Quién pudo prever que la niña Elisa, huérfana de padre y madre y consuelo de ésta en la desgracia, despues de verla sufrir y tocar las puertas de la miseria, llegaria á ser adoptada por unas almas honradas que la educaron, y despues rica, opulenta en la córte, esposa de un hombre millonario que la adoraba, y consuelo de los pobres! Y sin embargo, nada más cierto; concediéndoles el cielo ademas una hija para colmo de felicidad y heredera de sus virtudes.

Los incrédulos como los abandonados de la fortuna, confien en que hay un Dios que mira y observa nuestras acciones y que no olvida nunca al que le honra y adora segun merece, recompensándole con su eterno amor y proteccion; y tengan en cuenta que la ofrenda más grata á sus divinos ojos es la práctica de la caridad, un corazon puro y los pensamientos y acciones honestos y justos.

La fe en el sentimiento religioso es el lábaro santo que nos guia al templo de la felicidad.

INDALECIO MARTINEZ ALCUBILLA.



## LA VIDA.

¿No visteis al primero  
 Albor de la mañana,  
 Erguirse sobre el tallo,  
 De rojo matizada,  
 La flor aún en capullo  
 Que del verjel es gala?  
 ¿No contemplásteis luégo  
 La rosa delicada,  
 Abrir su tierno cáliz  
 Al soplo de las áuras  
 Y desplegar sus hojas,  
 Que grato aroma exhalan,  
 Prestándole al ambiente  
 Suavísima fragancia?  
 ¿No os sorprendió más tarde  
 Ver su matiz de grana  
 Ir tornándose pálido,  
 Sobre la frágil rama  
 Inclinarsé marchita  
 Y desprenderse ajadas  
 De su mustia corola  
 Las tristes hojas lacias?  
 Y despues, ¿no mirásteis,  
 Ya seca y deshojada,

Caerse la semilla  
 Que el viento desparrama,  
 Y desecarse el tronco  
 Y agotarse la savia?  
 Pues ésta es ¡ay! la imágen  
 De nuestra vida infausta:  
 Risueños son los dias  
 Primeros de la infancia,  
 Como la adolescencia,  
 Con su vigor, lozana;  
 La edad madura luégo  
 Nuestro entusiasmo apaga;  
 Se embotan las pasiones  
 Que hacen feliz al alma,  
 Y la vejez, por último,  
 Las sensaciones mata,  
 Al corazon robando  
 Sus verdes esperanzas,  
 Y al fin, cortando el hilo  
 De la existencia amarga,  
 Nos sepulta en la tumba,  
 Donde el dolor acaba.

F. L. DE HENALES.

## EL ANOCHECER.

El sol se esconde  
 Tras las colinas,  
 Y de las altas  
 Sierras vecinas  
 Bajan las sombras,  
 Velando en torno  
 La del crepúsculo  
 Luz sin calor.

Lentas del rio  
 Pasan las olas;  
 Duermen las aves,

Y sus corolas  
 Abren las flores,  
 Al que reciben  
 Del blando céfiro  
 Beso de amor.

Ya el buen labriego  
 Deja el arado;  
 A sus apriscos  
 Torna el ganado;  
 Se oye del buho  
 La voz medrosa;

Tiende el murciélago  
Su vuelo ya.  
Y en el celaje  
Del firmamento  
Héspero asoma...

Y en un momento  
Crecen las sombras...  
Todo es tinieblas...  
En noche lóbrega  
La tierra está.

M. CARRERAS Y GONZALEZ.

## LA CONCIENCIA.

Dios ha puesto en el alma un espejo donde se retratan todos los sentimientos, todas las ideas, todas las impresiones. Apenas dirige el hombre una mirada al interior de su sér se encuentra fotografiado en la conciencia, en ese purísimo cristal donde la verdad anida y en el que se reproducen con fiel exactitud hasta los más ocultos detalles.

La conciencia es dulce y hermoso consuelo al propio tiempo que torcedor horrible.

Encuentran en ella el que hace una buena acción su más estimable premio, y el que obra mal su más penoso castigo.

Tristemente se engaña el que juzga que se encuentra sólo en determinados momentos.

Aunque la oscuridad y el silencio os rodeen, inocentes lectores, aunque no veais nadie cerca de vosotros, acordaos siempre que algún propósi-

to malévolo ó criminal cruce por vuestra mente, de que vuestras acciones tendrán la recompensa merecida y de que no gozaréis nunca de las ruines y lamentables delicias de la impunidad.

Una voz severa, digna, imperiosa, os recordará á todas horas y en todas las ocasiones lo que quizás desearíais sepultar para siempre en el olvido más profundo.

Y si, víctima de alguna responsabilidad afrentosa, sabeis eludir la justicia humana al huir de ella, aislándoos del mundo entero, en el secreto de vuestro asilo, en el interior de vuestro pecho, en el fondo más íntimo del alma encontraréis quien os juzgue y sentencie, sin que os sea dable evitar el fallo del más inflexible juez de vuestros actos.

Para evitarlo os queda abierto un camino: el de la virtud.



## LOS ZAPATITOS NUEVOS.

(Conclusion.)

Tan enamorada de sus zapatos está Mariquita, que ni por un momento quiere apartarse de ellos y se complace considerando los muchos

usos á que los podría dedicar, sin estropearlos tanto como se le estropearán en cuanto se los ponga.

Y como Mariquita es muy apro-



vechada, encuentra pronto ocasion propicia de utilizar sus zapatitos.

El calor es sofocante y la sed de Mariquita cada vez mayor. A su lado corre el rio, cuyas claras aguas están convidando á beber; pero Mariquita, que es muy obediente, no se atrevería, como otros niños, á arrodillarse en la orilla y beber en mala postura, por que su madre la ha hecho ver los peligros que se corren con ello y la posibilidad de ahogarse.

Recoger el agua en la palma de la mano es una operacion pesadísima, y á fuerza de beber muy poco cada vez, parece que no se bebe.

Pero, en cambio, los zapatitos están completamente nuevos, y por su forma y cabida parecen utilísimos para ser convertidos en vaso.

¿Y ha de sufrir sed, teniendo á mano agua y vaso en que beberla? ¡Buena tonta sería!

Mariquita, que no tiene nada de

tonta, llena de agua uno de los zapatos y temple con ella su calor. Despues vuelve á tirar al rio lo que no ha aprovechado y se le cae el zapato al agua.

Pero ¡qué casualidad!

El zapato no se hunde, flota sobre las aguas y parece enteramente un barquito.

Este descubrimiento indica á Ma-

riquita una nueva diversion: la de echar al rio los zapatos y hacerlos navegar favorecidos por la corriente.

¿Qué peligro puede haber en esto?

Las cintas de los zapatos asegurarán á los barcos, y su amita, que no los soltará, puede estar tranquila.

Con efecto, durante un gran rato



todo sale á pedir de boca; pero de repente observa Mariquita que solo tiene las cintas, pero que éstas no sujetan á los zapatos.

Es natural: no las ató, y las cintas se han salido, permitiendo que las embarcaciones libres de toda sujecion, sigan su marcha rio abajo.

Pero Mariquita no se apura: se lanza al rio para coger sus zapatos, y cuando alargando el brazo cree mirar segura su presa, vacila su pié,

cae y corre gran peligro de ahogarse.

La Providencia, que vela por los niños, permite á Mariquita salir del rio, chorreando agua por todas partes, pero sin sus zapatos, que siguen arrastrados por la corriente.

Niños, que la historia de Mariquita os sirva de leccion para obedecer siempre las órdenes de vuestras madres, y no sufriréis chapuzones, ni perderéis vuestros zapatitos.

## LA LAGUNA DE SAN MARTIN.

(C U E N T O.)

En una hermosa mañana de primavera salieron de su casa tres hermanitos, dos niños y una niña, llamados el mayor Constantino, el otro Miguelito y la hermanita Petra, y se dirigieron, de la Puebla de Sanabria, villa situada en las inmediaciones de Galicia y á la raya de Portugal, en el distrito de Leon, á una famosa laguna que hay inmediata á una aldea pequeña, que llaman San Martin de Castañeda, y al monasterio de PP. Bernardos, de quien es propiedad. Las aguas de esta laguna, muy célebres en otro tiempo en más de veinte leguas en contorno, en cuyo fondo dicen existe aún una antigua ciudad que se sumergió, y de la que no quedaron más restos que el monasterio que hemos dicho que está cerca de allí, tenían, segun dicen, la singular propiedad de agrandar los objetos que se ponian en contacto con ellas, es decir, que una punta del vestido empapada en su maravillosa agua, se convertia en una pieza de paño entera; el más pequeño alfiler se trasformaba en una gruesa y larga espada, y unos zapatitos de niño se cambiaban en un par de botas de montar.

Todos los peces del lago eran gordos como bueyes. Se contaban sobre todo esto historias muy singulares,

de las cuales no citaré por ahora más que la de un pajarillo que, acosado por la sed, tuvo la desgracia de dejarse caer sobre los juncos, y tan luégo como metió su pico en el agua empezó á rebuznar como un burro, porque su pico se habia ensanchado más que la boca de un horno.

Esta aventura y otras mil del mismo jaez hacian de la laguna de San Martin un objeto de temor y curiosidad al mismo tiempo para toda la comarca. Pocas personas se atrevian á acercarse ni siquiera á veinte pasos. Los más intrépidos se contentaban con observarla de léjos; sin embargo, nuestros tres niños corrian hácia ella agarraditos, llevando á la niña en medio y volviendo la cabeza de vez en cuando, para asegurarse de que nadie les seguia; pero ninguno pensó turbarlos en su carrera, porque se les conocia que eran buenos niños y temerosos de Dios. Por otra parte, se sabía que si corrian así con todas sus fuerzas, no podia ser sino por algun loable motivo, ó para apresurarse á ejecutar alguna buena accion; y ésta es la causa porque el único hombre que se encontraron, que fué un pastor ya muy viejecito, no solamente los dejó pasar sin hablarles palabra, sino que ató con una cuerda á un perrazo negro que habia

comprado el día ántes, y que no conociéndoles quería lanzarse sobre ellos para morderles.

Después de más de una hora de carrera, nuestros tres amiguitos llegaron sin novedad á la orilla de la laguna; y aunque nadie les incomodó en el camino ni les persiguió, se encontraban muy fatigados; porque la distancia de la villa á la laguna era considerable para su edad, pues el mayor tenía diez años, y la niña aún no había cumplido ocho. «Petrita, le dijeron los dos hermanos, nos sentaremos aquí porque tú estarás muy cansada.»

Y al momento, con la mayor viveza, echó sus hermosos y ensortijados cabellos á la espalda, y colocando después su vestidito en disposición de no arrugarle, se preparaba á sentarse entre sus dos hermanos encima de unos verdes céspedes, cuando alcanzó á ver, al través de los juncos de la laguna, que se acercaba una barca, en la que venía un hombre alto, mal vestido, y como de unos cuarenta años de edad. La niña, asustada y temblando de miedo, se le señaló á sus hermanos: éstos miraron apresuradamente, y vieron la barca y el hombre; pero sin asustarse dijeron: «No temas; es el señor Jorge, que es el guarda de la laguna; dicen que es muy buen hombre y que no hace mal sino á los que tiran piedras á su laguna. — «¡ Señor Jorge, gritó la niña toda sobresaltada; nosotros nunca os hemos tirado piedras; no nos hagais mal!...»

Entre tanto el hombre se acercaba

con la barca á fuerza de remos. Petrita quiso huir, pero sus hermanos la detuvieron asiéndola de la ropa. ¡ Adónde iría, hijos míos, sola y sin sus hermanitos! Por otra parte, el señor Jorge estaría ya como á unos diez pasos; se oía distintamente su voz:

— ¿Qué venís á hacer aquí, niños desvergonzadillos?

— Nosotros no somos desvergonzadillos, respondieron los niños, sino hijos de la Puebla, aquella villa que está detrás de aquellos cerros, y esta es nuestra hermanita, que se llama Petra, la que nos ha querido seguir á la laguna para tirar...

— Guijarros, ¿no es así? interrumpió el señor Jorge, lleno de cólera. Desgraciados niños, ¿ignorais que cuantas piedras se arrojan aquí se cambian al instante en grandes peñascos? Con dos ó tres piedras que tireis á la laguna, toda esta extensión de agua no sería más que una roca, y entónces, ¿qué sería de mí y de mi barca? ¿Veis aquella montaña que se eleva á flor del agua en medio de la laguna? Pues aún no hace un año que no era más que una piedra del camino, una piedra semejante á las que estais pisando, y que un niño, no creyendo hacer daño, la arrojó entre los juncos mientras yo dormía, y en un volver de cabeza, la piedra, que en ese camino era tan pequeña, en esta laguna es una enorme montaña, contra la que nos estrellaremos algún día yo y mi mísera barquilla, si no pongo cuidado. Pero viendo tan atemorizados á los

tres niños, les preguntó, suavizando la voz, é inspirándoles confianza:

— ¿Qué buscáis aquí, hijos míos?

Los tres sacaron de sus bolsillos el objeto que les había conducido á aquel sitio, la niña un pedazo de pan, Constantino un libro y Miguelito un caballo de papel como de dos pulgadas de altura.

— «Qué, ¿qué quereis hacer con eso? dijo el Sr. Jorge alargando la cabeza.

Petrita le dijo: «Señor, esta mañana llegaron dos pobres á mi puerta con mucha hambre, yo no tenía más que este pedazo de pan, que de nada les servía para los dos, y al momento me dispuse á seguir á mis hermanos á la laguna para tirar este pedazo de pan, que se convertirá en una hogaza muy grande al salir del agua.»

Constantino dijo: «Yo quise aprender ayer las letras del alfabeto á fin de poder leer á mi abuela, que está ciega, su libro de misa; pero por más que las he buscado en este libro, no he visto más que blanco y negro. Puede ser que consista, dije para mí, en que sean demasiado pequeñas las letras, y desde luego determiné venir á la laguna para empapar mi libro, que se hará muy grande, y tendrá las letras muy gordas cuando le saque del agua.»

Miguelito, que habló el último, enseñó de nuevo su caballo de papel, y dijo: «El caballo de padre se murió ántes de anoche: no tenemos dinero para comprar otro, y por eso hice este caballo de papel y vengo á mo-

jarle en la laguna, en donde crecerá y podrá reemplazar al caballo de nuestro papá.....»

El Sr. Jorge, pasándose la mano por los ojos, como para limpiarse las lágrimas, les dijo: «buenos y amables niños, yo os quiero con todo corazón, y pronto os daré pruebas de ello; pero ántes deseo contaros alguna cosa de mí y de esta laguna. Escuchadme.»

Después de haber dicho esto el señor Jorge, ató su barca á un fuerte anillo de hierro que salía de una especie de muro que hay para contener las aguas; los tres niños se acercaron más á la orilla, y alargando sus cuellecitos hácia el señor Jorge, como para escucharle mejor, comenzó á decirles:

«Esas casas de la aldeita, ese suntuoso monasterio, estas tierras que veis alrededor de nosotros, todos esos bienes eran míos, y todo lo he perdido; esta laguna y aquella choza que veis á flor del agua sobre la peña, es lo único que me resta de mi pasada fortuna. Me he retirado á ella con esta barquita, huyendo del trato de los hombres, que detesto, y cuyo motivo no os quiero contar porque es muy largo; básteme decirlos que de todas las criaturas humanas no conservo más cariño que á los niños, los cuales, sin embargo, me han tirado muchas veces piedras al medio de esos juncos donde me oculto.»

Los niños, llenos de sentimiento, levantaron las manos al cielo en señal de sorpresa, y el señor Jorge

lanzó un profundo suspiro como para alentarse, y despues continuó su relacion.

«Sí, mis buenos amiguitos, me han tirado piedras á mí, ¡pobre hombre, que nunca he hecho mal ni á ellos ni á nadie! Su conducta conmigo me pareció horriblé; y para evitar que los perversos, insultándome en mi soledad, no me hiciesen aborrecer á todos los niños, únicos á quienes conservo amor en el fondo de mi corazon, cuidé mucho de esparcir rumores maravillosos, relaciones exageradas acerca de esta laguna, los que debian alejar á todos, y con las que procuré espantaros al principio, ántes de conoceros. Mas vosotros veo que sois buenos y piadosos niños; ¿á qué desconfiar, ni para qué engañaros? .

»Las aguas de esta laguna, amiguitos míos, son lo mismo que las de todas las lagunas del mundo; no cambian ni aumentan los objetos que se meten en ella, y si no, tú, Petrita, arroja tu pedazo de pan, Constantino su librito y Miguelito el caballo de papel, y veréis como no sacais más que un caballito de papel, un librito y un pedazo de pan.»

—¡Ay Dios mio! dijeron los tres llorando, ¿qué es lo que nos va á suceder!

—Papá ya no podrá reemplazar el caballo que se murió, dijo el más jóven.—Yo no podré leer nunca á mi ciegucecita abuela», pensó el mayor; y la niña exclamó: «¿Cómo cumpliré la promesa que hice á los dos pobres de llevarles una hogaza de pan?

¿Qué dirán al verme volver con este pedacito solo?»

El hombre del estanque tomó de nuevo la palabra sin aparentar que notaba su tristeza.

«Antes de exponerme á aborrecer á todos los niños por la falta de algunas malas cabecillas, preferí vivir solo en esta morada que habia elegido, y una casualidad me ofreció nueva ocasion de aumentar los terrores supersticiosos, divulgados ya por mí en todas las cercanías de la laguna. Hará cosa de diez años que pasó un niño por ese mismo camino en donde estais, llorando á gritos, adelanté mi barca y le pregunté qué era lo que causaba su grande afliccion.

—¡Ah señor! me dijo él, enseñándome una pistola muy vieja y enmohecida, mi padre es un honrado cazador que mantenía á mis cuatro hermanitos y á mí con el producto de la caza. Toda su riqueza consistia en una escopeta, que la apreciaba mucho; esta escopeta se le reventó en sus manos al tiempo que disparaba á una liebre, y yo estaba, en el mismo bosque haciendo unos hacecitos de leña, cuando me llamó mi padre para decirme: hijo mio, es menester que lleves al instante mi escopeta á la villa, y digas al armero que me la componga inmediatamente: eché á correr sin detenerme un momento, llego á casa del armero, y éste me dice que la escopeta de mi padre no tiene compostura, y que para prueba de ello me obligaba á tomar en cambio esta

pistola, que quizá tendrá más de cien años. Ya conoceréis, señor, que mi llanto es fundado, y que no me atrevo á ir á casa, porque mi padre me preguntará por su escopeta, creará que el cambio por esta pistola llena de roña ha sido un antojo mio, principiará por sacudirme, y concluiremos por morirnos de hambre.

»Yo no pude ménos de compadecerme de aquel niño, cuyo aspecto era muy inocente, y que habia sido tan atrozmente engañado por el vil armero. «Deja caer, le dije, tu pistola en la laguna, que sus aguas tienen la poderosa facultad de agrandar la forma de los objetos que meten en ella, y en cuanto se moje tendrás el gusto de ver tu pistola convertida en un hermosa escopeta».

»El muchacho titubeó un gran rato, reia y lloraba casi á un tiempo, se veia muy embarazado sobre el partido que debia tomar. Él bien queria llevar una escopeta á su padre, pero, por otra parte, temia mucho no le engañase yo tambien, como lo habia hecho el armero de la villa. Mas fuese guiado de su curiosidad, ó de la confianza que le habian inspirado mis palabras, se resolvió á arrojar su pistola cerca de mí cuanto le fué posible, á tiempo que recostado en mi barca algunos minutos hacía sostenia bajo del agua con mi mano izquierda la excelente escopeta de caza con que acostumbraba á tirar en los inviernos á los ánades y los osos, y cuando el niño tenía sus sobresaltados ojos fijos en el lugar donde haciendo el agua remo-

lino habia desaparecido su pistola, saqué repentinamente la escopeta que tenía oculta debajo del agua, y presentándosela á la infeliz criatura, quedó atónita al ver semejante metamórfosis. «Vé pronto, le dije, y cuenta á tu padre, á tus hermanos y á todos los de la villa lo que acabas de ver en las aguas de..... la laguna de San Martin..... en la que las roñosas pistolas se cambian en relucientes escopetas.»

»De aquí ese dicho popular, que quizá no será la primera vez, hijos míos, que le hayais oido; dicho que, de boca en boca, ha dado vuelta á toda la provincia de Leon, y que me ha valido más visitas que las que deseaba; pero pocas, lo confieso, cuyo objeto fuese tan noble y desinteresado como el vuestro.

Concluido este discurso, del que nuestros tres amiguitos habian entendido muy poco, el señor Jorge les oyó suspirar profundamente, y repetir por lo bajo bañados en lágrimas:—«¡Papá ya no podrá reemplazar su caballo!—¡Yo no podré leer á mi abuela ciegucecita!—¿Qué dirán las pobres que me esperan á la puerta cuando me vean volver con solo un pedazo de pan?»

—Tranquilizaos, niños míos, dijo el hombre de la laguna, tranquilizaos, que si no puedo ofreceros grandes libros, ni caballo, ni hogazas de pan, os puedo regalar, en desquite, para los tres, lo que es indispensable, tanto á los niños como á los hombres, para pagar maestros de escuela, para comprar caballos y

para tener pan. Ved aquí mi bolsillo; sed ricos, y no os digo sed felices, porque no siempre la felicidad se cifra en la riqueza.»

Al concluir estas palabras, y después de haber escrito con su lapicero un papelito, arrojó el señor Jorge su bolsillo lleno de oro á los piés de los tres niños, y desatando después su barquilla de la sortija de hierro que la sujetaba á la orilla, agitó los remos y desapareció por entre los juncos.

En la bolsa habia un papelillo que contenia las palabras siguientes:

«Niños míos, la pureza de vues-

tras almas es muy agradable á Dios. Todo lo que el señor Jorge os pide es que no le olvideis por la noche en vuestras oraciones. Dios bendice á los hombres por quienes le piden niños tan buenos como vosotros: hijos míos, rogad por mí.»

Es inútil añadir que nuestros tres amiguitos fueron felices, aunque ricos, porque con el dinero del buen señor Jorge tuvieron el placer de hacer la fortuna de sus padres y la de socorrer á los pobres de la Puebla.

J. M. BALLESTEROS.



# MORAL INFANTIL.

PÁGINAS EN VERSO

POR

**M. OSSORIO Y BERNARD.**

FÁBULAS,  
APÓLOGOS,  
POESÍAS RELIGIOSAS,  
FRAGMENTOS  
MORALES, &C., &C.



DIBUJOS  
DE MÚGICA, TERUEL,  
MELENDEZ,  
SALA, &C., &C.,  
GRABADOS DE MASSI.

Esta obrita se vende al precio de 8 rs.; pero los suscritores de Los Niños, tanto de Madrid como de provincias, podrán adquirirla por 6, haciendo el pedido directamente al autor, que habita en la calle del Ave María, 37 y 39, principal derecha.

Muchas de las composiciones que contiene el volúmen han sido escritas expresamente para esta *Revista*; y al coleccionarlas, respondiendo al deseo de muchos padres de familia, ha creído el autor que no podría responder mejor á la benevolencia de los suscritores de Los Niños que rebajando en su obsequio, y sólo para ellos, el precio del libro.